

Comentario de libros

Gustavo Gutiérrez. *Dios o el oro en las Indias. Siglo XVI*. Lima: CEP, 1989, 177 páginas; Salamanca: Sígueme, 1989, 162 páginas.

Esta obra de G. Gutiérrez es el avance de un estudio más amplio que el autor dedicará a la tarea misionera y teológica de Bartolomé de Las Casas. Se ofrecen aquí los cuatro primeros capítulos —de los 16 de que constará la obra definitiva— como marco histórico y teológico para comprender la figura y la teología del famoso fraile dominico (Introducción, pp.19-21).

El primer capítulo recoge, con vigor, la situación de opresión y muerte de los indios en La Española, pero no como algo meramente coyuntural o circunstancial, sino como resultado del sistema que empezaba a implantarse. Y recoge la primera gran protesta cristiana en las Indias, simbolizada en la famosa homilía de fran Antonio Montesinos: "Todos estáis en pecado mortal..." El segundo capítulo expone los ataques desde el Perú a la denuncia de la idolatría que hacía Las Casas y las justificaciones para poder mantener el nuevo *status quo*. El tercer y cuarto capítulos abordan, desde una perspectiva histórica, los problemas teológicos implicados en esta realidad y en esta polémica. Y para captar su contenido basta citar sus títulos, vigorosamente formulados: "El oro: mediador del evangelio," "Desde los Cristos azotados de las Indias."

Formalmente es éste un libro de historia, con abundante aparato crítico, en el que se citan textos elocuentes tanto de la barbarie infligida a los indios y de su justificación, como de la defensa cristiana de los indios y su teologización incipiente, verdadero antecedente de la teología de la liberación. En este sentido, la fuerza del libro —y la tiene muy grandemente— está en los textos citados. El autor ha llevado a cabo un trabajo serio y científico para situarlos y evaluarlos —sin caer en anacronismos—, limitándose a breves comentarios, que en sí casi no serían necesarios, pues los textos hablan por sí mismos.

Sin embargo, el libro no es sólo un conjunto ordenado de citas importantes, sino mucho más. Es un libro altamente teológico; más aún, teo-legal, pues lo que trata de mostrar G. Gutiérrez —y lo consigue admirablemente— es que en aquellas polémicas y discusiones lo que realmente estaba en juego es qué es fe, qué es evangelizar y, en el fondo, quién es Dios. Y lo que ilustra admirablemente

la polémica de aquellos tiempos (como ya en los profetas en el Antiguo Testamento y en Jesús) es que la cuestión de Dios no se decide sólo ni principalmente en la correcta formulación de lo que es el verdadero Dios, sino que necesita el desenmascaramiento de lo que se hace pasar por Dios, es decir, de los ídolos, que no sólo no son Dios, sino que son contrarios a Dios. Y, correlativamente, ilustra también que la fe tiene que elegir, sin componendas, entre el verdadero Dios y el ídolo. Desde este punto de vista, el libro es un excelente y vigoroso desarrollo de su título: *Dios o el oro en las Indias*.

Para este comentarista, lo más importante del libro está, por una parte, en el análisis que hace de las diversas maneras que se dieron para encubrir al ídolo, hacerlo pasar por el verdadero Dios y, así, justificar las aberraciones que se cometieron e implantaron; y, por otra, su desenmascaramiento, para lo cual se comienza a reflexionar y argumentar de una manera nueva, no sólo filosófica, sino teológicamente; volviendo, por cierto, a las raíces de la Escritura.

Es impresionante el número y variedad de argumentaciones de todo tipo que se dieron para justificar el nuevo *status quo*: a los españoles Dios les dio estas tierras y el derecho a someter a sus moradores porque ésa es su providencia o porque ésa es la recompensa divina por haber luchado contra los infieles (argumentación teológica); o porque así lo sancionó la bula de Alejandro VI (argumentación eclesiástica); o porque en aquellas tierras no había legítimos dueños (argumentación filosófico-política); o porque las malas y perversas costumbres de los indios permitían y exigían el someterlos para liberarlos de ellas (argumentación ético-filosófica).

Desde este punto de vista, lo más importante que muestra el libro, y lo más impresionante, es el hecho mismo de la proliferación de abundantes y variadas argumentaciones —independientemente de si convencen o no, de si son lógicas o no, aun desde las teologías y filosofías de la época— para encubrir las atrocidades y justificar la conquista; es decir, la voluntad de justificar en principio el nuevo sistema, como justo y aun excelente, aunque no se pudiesen ignorar las aberraciones que producía. Es un terrible ejemplo de unas teologías y filosofías puestas al servicio del encubrimiento y la justificación de lo injustificable.

A pesar del breve espacio de una recensión no podemos menos de citar la alucinante argumentación, proveniente de un documento del Perú, aunque sea excepcional y extrema en su desfachatez. "Así digo de estos indios que uno de los medios de su predestinación y salvación fueron estas minas, tesoros y riquezas, porque vemos claramente que donde las hay va el Evangelio volando y en competencia, y a donde no las hay, sino pobres, es medio de reprobación, porque jamás llega allí el Evangelio, como por gran experiencia se ve, que la tierra donde no hay este dote de oro y plata, ni hay soldado ni capitán que quiera ir, ni aún ministro del Evangelio" (p. 115). La providencia, según este documento, no ha dotado a estos indios de los valores con que dotó a otros pueblos

para que Dios pudiera dirigirse a ellos dignamente, pero les ha dado minas, oro —lo cual es comparado con la “dote” que debe llevar la novia para que Dios se pueda desposar con ella—, para que esto despierte la codicia de los “cristianos” y así los pobres indios tengan la oportunidad de ser evangelizados. Si no tuvieran oro, nada tendrían para que Dios se dirigiese a ellos.

Esta es la “opción por los pobres” al revés; y aunque sería anacrónico esperar de aquella época una formulación positiva de la opción por los pobres, sigue siendo escandaloso que se proclame a los cuatro vientos su contrario. El comentario de G. Gutiérrez al texto citado es el siguiente: “La falta de pudor puede llegar a extremos insospechados, la riqueza atrae el Evangelio (“volando y en competencia”), la pobreza en cambio lo aleja y es señal de reprobación porque nadie, ni siquiera los ministros del evangelio, se sentirán motivados por ella. Se trata de una verdadera relectura de la Escritura desde la significación histórica del oro y del poder, el resultado es una clamorosa inversión de lo enseñado por Jesús el Cristo” (pp. 115-116).

Las aberraciones reales y este tipo de aberración ideológica es lo que motivó la denuncia contra el primero y exigió el desarrollo de una nueva teología contra lo segundo. Esto es lo que G. Gutiérrez desarrollará en su obra más amplia, pero de ello ya hay adelantos en el presente libro. Este termina con unas palabras de Bartolomé de Las Casas en las que ofrece una nueva definición de Dios, con la cual no sólo se denuncia la opresión de los débiles y se desenmascara cualquier justificación teológica para ello, sino que, positivamente, se afirma quién es Dios. Dios es el que “del más chiquito tiene la memoria muy viva” (p. 177). He aquí una formulación positiva, radical y teo-logical de la opción por los pobres.

Este libro, digamos para terminar, es de gran importancia y de gran actualidad. En América Latina es importante para la comprensión de la teología latinoamericana y para la correcta comprensión de Medellín y Puebla, pues en él aparece ya el origen, digamos, y los contenidos fundamentales tanto de la teología de la liberación como de la Iglesia de los pobres.

Y es de gran actualidad para todos. Lo es, históricamente, porque los ídolos que producen víctimas —aunque con nuevos rostros históricos— siguen caminando por sus respetos, como ya lo hizo notar Puebla y, con gran vigor, Mons. Romero.

Lo es, teológicamente, porque Dios e ídolos, fe e idolatría, encubrimiento y desenmascaramiento, son temas necesarios y urgentes para la teología, y son fundamentales y específicos para la teología de la liberación, a diferencia de la teología occidental, que, con excepciones, no toma todavía en serio el problema de la actual idolatría histórica. Los ídolos son en ella todavía “los dioses olvidados,” como reza el título de un excelente libro de J. L. Sicre.

Y lo es, por último, coyunturalmente, porque a tres años del quinto centenario

unos y otros, a uno y otro lado del Atlántico, tratarán de recordar lo que, según las ópticas, llaman descubrimiento o encubrimiento, colonización o invasión, evangelización o deseangelización. Al menos para los cristianos y para los teólogos, este libro de G. Gutiérrez ofrece una perspectiva muy útil para dicho recuerdo. Hay mucho por lo que pedir perdón; y hay también cosas buenas que celebrar. Pero, quizás, la lección más importante de este libro es que hoy, a la distancia de 500 años, hay mucho que aprender; es decir, que la pregunta más importante para la Iglesia, para la fe y para la teología sigue siendo en qué Dios creemos y qué ídolo rechazamos. Y esa pregunta crucial —con una fuerza, por cierto, que fue desapareciendo a lo largo de los siglos— ya estuvo presente en los orígenes mismos de la evangelización en América Latina. Por todo ello creemos que éste es un libro provechoso que puede leerse por su valor intrínseco; pero, además, creemos que es un libro necesario que tiene que leerse para poder recordar y “celebrar,” pero *cristianamente*, lo que ocurrió hace 500 años.

Jon Sobrino

